

disimulaban nuestras desazones y nuestros peligros. ¿Hasta cuándo consentirían en ocultarlos? Nunca se sintió Napoleón más aislado que en aquella época en que siempre iba acompañado de un cortejo de reyes. Todo se escapaba de nuestras manos: el Nuevo Mundo, que acababa de fusilar á nuestro protegido; Prusia, que abusaba del derecho de sus victorias; y Rusia, que se apartaba de nosotros rencorosa é irritada. No quedaba más que una alianza posible, la de Viena, y hacia este lado dirigió sus pensamientos el emperador.

X

El propósito era digno de alabanza; pero ¿no sería tardío? De ocho años á aquella parte habíamos intervenido en todas las desgracias de Austria: en Magenta y en Solferino, Francisco José había sido vencido por nuestras armas; la víspera de Sadowa habíamos sido los cómplices de sus enemigos; no habíamos descansado hasta que hubieron desaparecido de Venecia los últimos uniformes blancos; y para colmo de desgracia, hasta nuestros beneficios habíanse convertido en causa de infortunio, ya que habiendo sacado en otro tiempo de Miramar á un príncipe para hacer de él un emperador, lo restituíamos ahora encerrado en un ataúd para ser depositado en la cripta de los Capuchinos. Pero, por abrumadores que fuesen estos recuerdos, había demasiados motivos que invitaban á la unión para que se desesperara de conseguirla. Si, en aquellos momentos de duelo para la monarquía de Habsburgo, el emperador se apartaba de todos los esplendores de la Exposición; si, abandonando sus Estados, se trasladaba al territorio austriaco para saludar y consolar á los que se encontraban en gran aflicción; si aumentaba el mérito de la visita con la delicadeza de sus atenciones y con la cordialidad de las palabras, tal vez esta prueba de afecto calmaría los rencores, disiparía las preveniciones y prepararía las almas para una completa armonía. El procedimiento, sobre todo, tendría valor por su novedad: Napoleón, que había aguardado la visita del zar y la del rey Guillermo, obraría de distinto modo con el emperador de Austria, y midiendo sus miramientos no por el grado de prosperidad, sino por el grado de infortunio, acudiría con preferencia al lado de aquel á quien la desgracia había puesto más á prueba. Reconciliados de esta suerte los corazones, la política haría lo demás; á lo menos así era de esperar, pues Francia y Austria, aisladas una y otra en Europa, tenían el mismo interés en no tolerar nuevas empresas, de parte de Prusia ni de Rusia, teniendo en este caso su aplicación más literal la famosa frase de Salustio: *idem velle, idem nolle, ea demum amicitia est.*

El terreno parecía bastante bien preparado. En el mes de julio, el Sr. de Beust, deplorando la absorción de los Estados del Sur por Prusia, decía á nuestro representante en Viena: «El verdadero remedio consiste en una alianza sólida entre Francia y Austria.» El primer anuncio del viaje fué acogido, al parecer, con la más viva gratitud; y si hemos de creer lo que decía el Sr. de Gramont, quien más satisfecha se mostró de la futura visita fué la emperatriz Isabel. Había ésta manifestado distintas veces deseos de conocer á la emperatriz Eugenia: «¿No habría en nuestro país, decía, algu-

na estación termal que pudiera atraer á Su Majestad francesa?» Con amabilidad suma insistió la soberana austriaca en que la reunión fuese puramente íntima, no malograda por la etiqueta, no convertida en trivial por un séquito demasiado numeroso: «Que me dejen estar familiarmente con vuestra encantadora soberana,» dijo en varias ocasiones á nuestro embajador.

El lugar escogido para la entrevista fué Salzburgo. El 17 de agosto salieron el emperador y la emperatriz del campo de Chalóns, y aunque el viaje no tuvo el menor carácter oficial, no dejó de realizarse con cierta pompa, habiendo sido saludados los soberanos en Carlsruhe por el gran duque y en Ulm por el rey de Wurtemberg. A la noche llegaron á Augsburgo, ciudad que despertaba en Napoleón antiguos y queridos recuerdos, pues en ella había vivido de niño con la reina Hortensia; así es que, en cuanto amaneció, complacióse en recorrer la vieja población, en reconocer las calles, los edificios, las muestras de las tiendas, en visitar el colegio en donde había estudiado y en ver de nuevo la casa en que había habitado con su madre. A su paso, tributábanle vivas manifestaciones de simpatía: eran los *particularistas* que con ellas querían protestar contra la absorción prusiana. Prosiguió el viaje y los emperadores cruzaron la vasta llanura de Baviera, cuyo rey, por deferencia al viajero ilustre que atravesaba sus Estados, tomó asiento en el tren imperial; á las cinco de la tarde pasaron la frontera austriaca y poco después divisaron á orillas del Salzach, y encerradas en el maravilloso marco de las montañas, la fortaleza, las blancas casas y las azoteas casi italianas de Salzburgo.

En la estación Francisco José esperaba al monarca francés. Si las conveniencias no hubiesen sellado los labios, ¿cuántos recuerdos no habría evocado aquel encuentro! Los dos soberanos no se habían visto desde Villafranca. La visita imperial duró cinco días, y la etiqueta, algo más rígida de lo que la emperatriz Isabel deseaba, fué la del luto de las cortes. Considerándose poco convenientes los regocijos demasiado fastuosos, se recurrió á diversiones más discretas; pero éstas fueron tantas en número y con tanto arte dispuestas que difícilmente se hubieran podido descubrir las señales reveladoras de los pesares: aun en aquella Austria, tan poco amiga de las ideas tristes, pareció singular aquel modo de llorar á Maximiliano. Las más notables de aquellas fiestas fueron las que proporcionó la admirable naturaleza de aquellas regiones: realizóse la ascensión al monte de los Capuchinos por las avenidas que Mozart había recorrido en su infancia; se visitó el castillo de Aigen, al pie del Gaisberg, y una noche aparecieron iluminadas todas las montañas produciendo la ilusión de un inmenso incendio. Varios miembros de la familia imperial habíanse reunido en torno de Francisco José; faltaba, sin embargo, en la reunión la archiduquesa Sofía, madre de Maximiliano: su dolor, demasiado violento para poder ser reprimido, no aspiraba más que á la soledad y no había podido determinarse á ver al que condujera á su hijo á la muerte ni á contemplar las imágenes de un luto verdaderamente poco riguroso.

El emperador Francisco José habíase hecho acompañar por sus principales consejeros; Napoleón, en cambio, había dejado sus ministros en París; pero ¿qué importaba?, ¿acaso no era él su propio ministro? Habría

sido inaudito que la entrevista se hubiese consagrado exclusivamente á manifestaciones de pésame, á paseos y diversiones; y, en efecto, los dos monarcas conferenciaron acerca del estado de Europa, tan perturbada en detrimento suyo desde hacía un año. Mientras se limitaron á exponer puntos de vista generales, el acuerdo fué completo; la dificultad surgió en cuanto fué preciso concretar la política del porvenir. El Austria es egoísta por gusto; en 1867 lo era por necesidad. Sus dificultades interiores y el déficit permanente de su presupuesto le aconsejaban la circunspección: el riesgo de una nueva guerra era tal, que no podía pensarse en ésta sin estremecerse, ya que esta vez se trataría no de su consideración dentro de Alemania, sino de su propia existencia, y difícilmente podría contar con los Estados del Sur á quienes se había apresurado á abandonar en Nikolsburgo. Según afirma el Sr. de Beust (1), el duque de Gramont había preparado una voluminosa memoria que Napoleón, aun juzgándola «muy bien hecha,» no quiso apropiarse y aun mandó quemar. El jefe del gabinete austriaco resumió las resoluciones concretas de ambas cortes en una nota de una ó dos páginas que fué en algunos puntos retocada por el emperador de los franceses. Convínose en ella en cumplir rigurosamente el tratado de Praga y en evitar toda inmixción en los asuntos de la Confederación del Norte; Francia se abstendría de toda medida «que tuviese el carácter de una amenaza ó siquiera de una manifestación;» y Austria, por su parte, se consagraría á desenvolver un sistema liberal, sinceramente constitucional, y se ingeniaría para conservar la influencia que aún tenía en la Alemania meridional. El final de la nota se refería á los Estados danubianos y á la cuestión de Creta. Esta declaración incolora, inofensiva, sin más mérito que ser pacífica, ¿merecía el nombre de *programa*? Como punto de partida, como preámbulo, podía tener algún valor; pero si en el presente ó en el porvenir no se lograba sacar de estos vagos prolegómenos algunas estipulaciones positivas, el único resultado sería crear en el público, en el mundo oficial y hasta en los íntimos de Napoleón la ilusión de una alianza, ilusión fatal que sin asegurarnos una fuerza real no haría más que fomentar nuestra presunción.

Napoleón llegó á Salzburgo el día de cumpleaños de Francisco José, á quien con este motivo había dirigido el rey Guillermo, en prueba de amistad, un telegrama en el cual le suplicaba «que transmitiera sus recuerdos á Sus Majestades francesas (2).» Los procedimientos amables, cordiales, del monarca prusiano no excluían ninguna de las rudezas de su política; bien se vió así en aquella ocasión. La prensa alemana no tardó en denunciar la entrevista de los dos monarcas, diciendo que la visita de pésame se convertía en congreso político; que Francia, obrando de cuenta y mitad con Austria, trataba de extender su patronato sobre la Alemania del Sur; que tal vez resucitaría la cuestión del Sleswig; y que toda alianza austro-francesa provocaría una contraalianza de las demás potencias. En estos términos se expresaban la *Gaceta de la Alemania del Norte* y la *Gaceta de la Cruz*. Y tales proporciones llegaron á al-

canzar estos rumores que el Sr. de Moustier se creyó obligado á enviar un despacho á sus agentes proclamando las intenciones pacíficas del gobierno de las Tuilerías y afirmando (como lo afirmaba al mismo tiempo la *Gaceta oficial* de Viena) que el viaje de Salzburgo sólo había obedecido á una idea de simpatía por una cruel desgracia. Añadía que indudablemente los jefes de los dos grandes imperios debieron por fuerza ocuparse, al encontrarse juntos, de los asuntos de Europa; pero que su solo objetivo era la consolidación de la paz y que Francia, particularmente, se mantenía fiel al programa formulado en la circular de 16 de septiembre de 1866, que se resumía en la aceptación de los hechos



Manuel Arago

consumados. Esta declaración era exacta, demasiado exacta, pues la entrevista había sido inofensiva hasta el punto de resultar inútil. Bismarck acogió aquella explicación con cierta altanería ofensiva y quiso también escribir su despacho, que se publicó en la *Gaceta de Augsburgo* y en el cual se reprobaba en términos absolutos, casi provocativos, la idea de una inmixción extranjera en los asuntos alemanes. En Berlín los hombres políticos y los militares aplaudieron ruidosamente y estimaron «que ningún discurso del presidente del consejo valía lo que la circular de 7 de septiembre (3).» Por muy moderado que fuese el gobierno imperial, poco faltó para que aquella aspereza hiciera desbordar la medida:

«La circular de Bismarck, escribía el Sr. de Roucher al emperador, ha producido la impresión más desagradable, y en presencia de tal documento el Sr. de Moustier se pregunta qué debe hacer (4).» Pero también esta vez prevaleció una prudente resignación y se indicó á la prensa oficiosa que se mostrara pacífica. Todos los periódicos atendieron esta recomendación, salvo el *Pays* que calificó de «farfanteo temerario»

(1) *Mémoires*, tomo II, págs. 117-118.(2) Beust, *Mémoires*, tomo II, pág. 116.

TOMO XII

(3) *Denkwürdigkeiten aus dem Leben des Grafen von Roon*, tomo III, pág. 29.(4) *Papiers des Tuileries*, tomo II, pág. 240.

la reciente elucubración de Bismarck; pero esta violencia de lenguaje casi resultaba suave después de las invectivas de la *Gaceta de la Cruz*.

XI

En medio de todos estos incidentes, las fiestas de la Exposición, interrumpidas á causa de la muerte de Maximiliano, habíanse reanudado con el mismo esplendor,



El príncipe Federico Carlos de Prusia

sino con igual entusiasmo que antes. Los teatros continuaban sus divertidas representaciones: en Variedades, *La bella Elena*; en el Vaudeville, *La famille Benoiton*; y en la Porte-Saint-Martin, *La biche au bois*. La época de las vacaciones atraía á los empleados, á los funcionarios, á los sacerdotes, á los profesores, á los colegiales, en una palabra, á todos aquellos que sólo tienen un período determinado para viajar y distraerse. Aquella muchedumbre incesantemente renovada y más curiosa que elegante, invadía el Campo de Marte, adonde llegaba muy temprano y de donde salía muy tarde, ávida de aprovechar hasta los minutos de una permanencia parsimoniosamente limitada. Tan grande afluencia de gente comunicaba á toda la ciudad una animación continua, y en medio de aquel perpetuo movimiento difícilmente se grababan en la mente las reflexiones tristes.

Sin embargo, acercábase la hora en que el mismo soberano se consideraría incapaz de prolongar su serenidad satisfecha. De regreso de Salzburgo y á su paso por Flandes, formuló, en su respuesta á las felicitaciones del alcalde de Lila, una melancólica advertencia dirigida á su país; recordando con acento conmovido su primera visita al departamento del Norte, dijo: «¡Todo sonreía á mis deseos entonces! Acababa de casarme con la emperatriz y puedo decir también que acababa de

desposarme con la Francia entera en presencia de ocho millones de testigos. El orden estaba restablecido y las pasiones políticas amortiguadas, y yo vislumbraba para nuestra patria una nueva era de grandeza y de prosperidad.» La evocación de aquellos años venturosos sólo servía para hacer destacar más los desengaños posteriormente sufridos. El emperador no disimulaba sus decepciones: «*Varios puntos negros*, añadía, han venido á nublar nuestro horizonte; pero así como la fortuna próspera no me deslumbró, tampoco me desanimarán los reveses pasajeros.» Y como si quisiera atenuar la impresión conturbadora, el soberano terminaba su arenga con un llamamiento al espíritu público: «No olvidaréis, señores, que la primera condición de prosperidad para un pueblo como el nuestro es tener conciencia de su fuerza, no dejarse abatir por temores imaginarios y con-

tar con la prudencia y el patriotismo del gobierno.»

El emperador había bosquejado su examen de conciencia, y el país, con angustiosa sorpresa, repitió aquel principio de confesión, no hablándose durante algunos días de otra cosa que de los *puntos negros*. A todo esto, llegaron noticias alarmantes del otro lado de los Alpes, según las cuales Garibaldi no disimulaba ya su propósito de invadir la frontera pontificia. De modo que como si no fuera bastante la cuestión alemana, iba á resucitar, después de un intervalo de calma, la eterna y fastidiosa cuestión romana. Esto no obstante, la Exposición no debía terminar sin que una última recepción regia viniera á reanimar la única esperanza que conservaba nuestra política, la de una sólida avenencia con Austria. El 21 de octubre, Francisco José salió de Viena para devolver á Napoleón la visita de Salzburgo; y después de haberse detenido en Nancy, en donde habían vivido muchos príncipes de su raza, llegó el 23 á París. De los soberanos que visitaron la Exposición, ninguno fué tan bien recibido como él, viéndose aclamado por todos, por los liberales (¿acaso no había inaugurado el sistema constitucional en Austria?), por los conservadores (¿no era por ventura el mejor defensor del antiguo orden europeo?) y por todos los corazones patriotas (¿qué otro aliado podía esperarse que no fuera éste?). En un banquete con que fué obsequiado en las Casas Consistoriales, el monarca austriaco, contestando al brindis del emperador de los franceses, pronunció nobles y magníficas palabras: «Cuando visité, hace pocos días, en Nancy las tumbas de mis antepasados, no pude menos de formular una aspiración, ¡Ojalá podamos, me dije, enterrar en ese sepulcro confiado á la custodia de una nación generosa todas las discordias que han separado á dos países llamados á caminar juntos por las sendas del progreso y de la civilización! ¡Ojalá podamos con nuestra unión ofrecer una nueva prenda de esa paz sin la cual las naciones no podrían prosperar!» Al oír tan magnánimos conceptos, conmoviéronse todos los corazones: parecía como que Francisco José, al expresarse en tales términos, quisiera sentar á la faz de Francia y de su propio país los preliminares de un pacto solemne de amistad. Pero desgraciadamente en París, como en Salzburgo, todo se redujo á palabras; tal había de ser la suerte de aquella desgraciada alianza austriaca: permanecer siempre en estado de esperanza.

Mientras el emperador de Austria regresaba á sus Es-

tados, la Exposición cerraba sus puertas. Nada tan triste como el aspecto de un salón de fiestas cuando se han ido los últimos invitados y las mortecinas luces de las arañas luchan con las primeras claridades de la aurora; cuando no quedan de los regocijos que terminan más huellas que unos pedazos de tul ó de cinta arrancados de los vestidos ó unas flores que empiezan á deshojarse. Con la brisa matutina disípanse los ensueños y las meditaciones y un doble cansancio se apodera del alma, cansancio de la fiesta que se desvanece y cansancio de la realidad que recobra sus fueros. La gigantesca fiesta de la Exposición dejó, al terminar, esta impresión de desencanto. Los obreros posesionáronse nuevamente del desierto recinto, y el mismo ardor que se empleara en levantar el edificio apresuróse á derribarlo: adornos de cartón piedra, tabiques dorados, pabellones, tiendas, casas de campo, alminares, todo fué destruído como una decoración superflua; y á lo largo de los ribazos del Sena sólo se vieron convoyes de materiales inútiles, restos ya completamente desfigurados que se confundían bajo los mismos tintes grises del invierno. Cuando el Campo de Marte volvió á ser la arenosa llanura de antes, no se supo qué admirar más, si el impulso poderoso que en un abrir y cerrar de ojos había erigido todas aquellas magnificencias ó la loca prodigalidad que las había creado sólo para una temporada. La gente pareció despertar de un sueño, con una sensación singular, mezcla de inquietud, de malestar y de saciedad. Después de celebrada la Exposición surgió la duda acerca de la oportunidad del espectáculo que se acababa de ofrecer al mundo. ¿Se habría trabajado más para los desocupados del siglo que para los progresos de la industria humana? Para las almas ya demasiado enamoradas de los bienes de la tierra ¿no constituían un peligro sutil aquellas ostentaciones del lujo y de la riqueza que rivalizaban para sobrepujarse unas á otras? Y por encima de todo esto, aquella fiesta que se había denominado de la paz ¿había estrechado los vínculos de las naciones? Nunca tuvimos más huéspedes que entonces; pero nunca tampoco tuvimos menos amigos. El extranjero se marchaba habiendo adivinado nuestras debilidades y demasiado celoso de nuestros esplendores para perdonárnoslos. De todas las magnificencias del segundo imperio, la que acababa de desvanecerse era la más prestigiosa; pero era también la que no había de tener continuación.